

# Los «signos» del Reino que llega – 6

---

## Retiro espiritual para Laicos

---

### ❖ «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11, 25)

*Acuérdate de Jesucristo  
resucitado de entre los muertos.  
Él es nuestra salvación,  
nuestra gloria para siempre.*

Si con Él morimos, viviremos con Él.

Si con Él sufrimos, reinaremos con Él.

En Él nuestras penas, en Él nuestro gozo.

En Él la esperanza, en Él nuestro amor.

En Él toda gracia, en Él nuestra paz.

En Él nuestra gloria, en Él la salvación.

Los evangelios sinópticos relatan dos resurrecciones de muertos obradas por Jesús: la de la hija de Jairo (Mc 5, 22–24. 35–43) y la del hijo de la viuda de Naím (Lc 7, 11–16), además de una alusión a «los muertos resucitan» como signo que autentifica la misión de Jesús cuando preguntó el Bautista si era él el que tenía que venir. El momento culminante de los relatos de esas resurrecciones —una llamada imperiosa de Jesús al difunto— es muy parecido al que recoge el cuarto Evangelio en el episodio de la resurrección de Lázaro: «Muchacha, yo te lo ordeno: ¡Levántate!», (*talita kum!* en arameo, la lengua que hablaba Jesús, tal como recoge Marcos 5, 41); en el caso del joven de Naím dice Jesús: «Muchacho, yo te lo ordeno: ¡Levántate!» (Lc 7, 14); y en la resurrección de Lázaro refiere

Juan: «Dicho esto, gritó con fuerte voz: “¡Lázaro, sal fuera!”» (Jn 11, 43).

No cabe, pues, ninguna duda sobre la convicción que la primera comunidad cristiana tenía acerca del *poder de Jesús como vencedor de la muerte*. Estos relatos, además de referirse a hechos ocurridos durante la vida pública de Jesús, apuntan sobre todo al acontecimiento fundamental de su resurrección, del que aquella comunidad era testigo. Y dejarían de tener ese valor de «signo» que la comunidad les atribuye, si no se apoyaran en hechos acaecidos realmente, aunque la puesta en escena haya sido adornada en función del anuncio de Jesús que pretenden los Evangelios, como reconoce san Juan: «Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Éstas lo han sido para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.» (Jn 20, 30).

### La muerte no tiene la última palabra

La resurrección de Lázaro constituye para el evangelista Juan la más alta e insuperable de las «señales». La especial significación teológica de esta «señal» apunta hacia Jesús como «la resurrección y la vida». Éste va a ser el motivo principal de oración en este retiro: contemplar a Jesús como vida y resurrección a través del milagro que nos ofrece el cuarto Evangelio:

*Cierto hombre llamado Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta, estaba enfermo. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: «Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo.» Al oírlo Jesús dijo: «Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.» Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Enterado de su enfermedad, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba.*

La reacción de Jesús, retrasando su viaje a Betania, después de tener noticia de la enfermedad de su amigo Lázaro y de la preocupación de las dos hermanas, todos ellos personas muy queridas para él, nos desconcierta. Pero en el plano de la fe esa reacción invita a leer los acontecimientos de la vida con otra óptica. «Esta enfermedad no es de muerte, sino para la gloria de Dios...» no significa que la enfermedad no vaya a tener un desenlace fatal, como de hecho lo tuvo, sino que las cosas no quedarán simplemente en ese desenlace; es decir, que la muerte no tendrá la última palabra y que todo manifestará la gloria de Dios.

Esta convicción de que la acción de Dios se hace patente en el curso de la historia, y sobre todo en su punto culminante, aunque los acontecimientos concretos parezcan señalar otra cosa, es básica para el cristiano. Se cumplió de un modo rotundo en la resurrección de Jesús de Nazaret y la resurrección de Lázaro es un «signo» que ejemplifica ese otro acontecimiento-cumbre de toda nuestra historia creyente. Se impone en nuestro ánimo una primera interpelación:

- ❖ ¿Cómo vivo los hechos dolorosos, desconcertantes, negativos... que me salen al paso en mi vida y en la vida de la Iglesia: con rebeldía o con esperanza, con decepción o con fe?
- ❖ ¿Crece en mí la convicción de que Dios no abandona la historia humana?

¡Alegría!, ¡alegría!, ¡alegría!  
La muerte en huida,  
ya va malherida.  
Los sepulcros se quedan desiertos.  
Decid a los muertos:  
“¡Renace la Vida,  
y la muerte ya va de vencida!”  
Quien le lloró muerto  
lo encontró en el huerto,  
hortelano de rosas y olivos.  
Decid a los vivos:

“¡Viole jardinero  
quien le viera colgar del madero!”  
Las puertas selladas  
hoy son derribadas.  
En el cielo se canta victoria.  
Gritadle a la gloria  
que hoy son asaltadas  
por el hombre  
sus “muchas moradas”.

## La resurrección y la vida

*Por fin, dice a sus discípulos: «Volvamos a Judea.» [...] Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Distaba Betania de Jerusalén unos quince estadios. Habían venido muchos judíos a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano. Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa. Dijo Marta a Jesús: «Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.» Le dice Jesús: «Tu hermano resucitará.» «Ya sé —le respondió Marta— que resucitará el último día, en la resurrección.» Jesús le respondió: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?» Le dice ella: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo.»*

El aspecto principal de este segundo momento es el encuentro de Jesús con Marta, la hermana del difunto, y el diálogo que se establece entre ambos. Es un *diálogo de revelación y de fe*. Esto quiere decir que a través de esa conversación Jesús se da a conocer en profundidad —se *revela*— y Marta acoge esa manifestación aceptando —desde una actitud de *fe*— la persona de Jesús con una profundidad hasta entonces desconocida y casi imposible de abarcar.

4

No sabemos muy bien si las primeras palabras de Marta —«si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano»— esconden un velado reproche o si ya aflora la esperanza de lo que puede ocurrir. En cualquier caso, la respuesta de Jesús contiene una promesa —«Tu hermano resucitará»—, que obliga a poner en juego la fe. Esta promesa va más allá de lo que afirmaba la concepción tradicional de los judíos, a saber: un retorno a la vida en el último día. Jesús se revela a sí mismo con la solemne afirmación «Yo soy la resurrección y la vida» y reve-

la, al mismo tiempo, el nuevo modo de existir de los que le siguen: «El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás». La resurrección de Jesús, experiencia vital para los cristianos de la primera generación, proporciona contenido real a esta afirmación de fe en Jesús como Cristo, como Hijo de Dios. Desde ella es posible vivir ya en *los últimos tiempos*, porque la comunión viva y personal con el que es *resurrección y vida* lleva al creyente a percibir, en el momento presente, que vive vida eterna. Ciertamente que a nadie, tampoco al creyente, se le ahorrará el trance de morir, como no se le ahorró al propio Jesús; de ahí que la muerte represente una tentación permanente, la tentación definitiva, a la fe. Mas, contra esa experiencia tenebrosa, opresiva y sin salida, está la promesa de Jesús: «¡Aunque haya muerto, vivirá!» De manera que el poder de la muerte está vencido, pese a que todos hayan de morir. Llegamos así a una de las más serias interpelaciones a nuestra condición de creyentes:

- ❖ ¿Vivo mi existencia diaria con conciencia de resucitado? ¿Ante las situaciones difíciles o tal vez críticas que comporta la vida, reafirmo la convicción de que mi vida es eterna?
- ❖ ¿Cómo influye esta fe en mi estado de ánimo, en mi manera de actuar, en mis relaciones con los demás y con el mundo?

No te inquietes por las dificultades de la vida,  
por sus altibajos, por sus decepciones,  
por su porvenir más o menos sombrío.  
Quiere lo que Dios quiere.

Ofrécele, en medio de inquietudes y dificultades,  
el sacrificio de tu alma sencilla, que, pese a todo,  
acepta los designios de su providencia.  
Poco importa que te consideres un frustrado,  
si Dios te considera plenamente realizado; a su gusto.

Piérdete confiado ciegamente en ese Dios  
que te quiere para sí.  
Y que llegará hasta ti, aunque jamás le veas.  
Piensa que estás en sus manos,  
tanto más fuertemente cogido,

5

cuanto más decaído y triste te encuentres.

Vive feliz. Te lo suplico.

Vive en paz.

Que nada te altere.

Que nada sea capaz de quitarte tu paz.

Ni la fatiga psíquica. Ni tus fallos morales.

Haz que brote, y conserva siempre sobre tu rostro una dulce sonrisa, reflejo de la que el Señor continuamente te dirige.

Y, en el fondo de tu alma, coloca antes que nada, como fuente de energía y criterio de verdad, todo aquello que te llene de la paz de Dios.

Recuerda: cuanto te reprima e inquiete es falso.

Te lo aseguro en nombre de las leyes de la vida y de las promesas de Dios.

Por eso, cuando te sientas apesadumbrado y triste, adora y confía.

(P. Teilhard de Chardin)

Dios?» [...] Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal fuera!» Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: «Desatadle y dejadle andar.»

Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron donde los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: «¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales.» [...] Desde este día decidieron darle muerte.

El resto del relato (del que he suprimido algunos fragmentos en gracia a la brevedad) completa el acontecimiento, del que hemos contemplado lo sustancial. Sugiero, no obstante, fijar la atención en dos detalles: la referencia a la curación del ciego, que hacen algunos de los judíos; y la decisión de los dirigentes de eliminar a Jesús tomada después de este milagro.

Nos traen a la memoria la disyuntiva que ofrecen los milagros de ser puente o motivo de crisis. En este último retiro sobre los milagros de Jesús como signos del Reino que llega, no estará de más que nos preguntemos de qué manera ha influido en nosotros la contemplación de los diferentes «signos» que hemos recordado.

- ❖ ¿Ha crecido en mí la fe en Jesús como Cristo, Hijo de Dios enviado para que tenga vida?
- ❖ ¿Sigo pensando que los milagros son un «favor» que puede resolverme situaciones comprometidas o los veo como presencia consoladora de Dios en medio de las dificultades del camino de la vida?
- ❖ ¿Qué me manifiesta el Padre a través del milagro que es Jesús?

### De nuevo, los milagros aparecen como puente o crisis

Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: «El Maestro está ahí y te llama.» [...] Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.» Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: «¿Dónde le habéis puesto?» Le respondieron: «Señor, ven y lo verás.» Jesús se echó a llorar. Los judíos entonces decían: «Mirad cómo le quería.» Pero algunos de ellos dijeron: «Éste, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que ese hombre no muriera?» Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro, que era una cueva con una piedra encima. Dice Jesús: «Quitad la piedra.» Le responde Marta: «Señor, ya huele; es el cuarto día.» Le dice Jesús: «¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de

*Santa María de la esperanza,  
mantén el ritmo de nuestra espera;  
mantén el ritmo de nuestra espera.*

Nos diste al Esperado de los tiempos,  
mil veces prometido en los profetas.  
Y nosotros de nuevo deseamos  
que vuelva a repetirnos sus promesas.

*Santa María de la esperanza....*

Brillaste como aurora del gran Día,  
plantaba Dios su tienda en nuestro suelo.  
Y nosotros soñamos con su vuelta,  
queremos la llegada de su Reino.

*Santa María de la esperanza....*

Viviste con la cruz de la esperanza,  
tensando en el amor la larga espera.  
Y nosotros buscamos con los hombres  
el nuevo amanecer de nuestra tierra.

*Santa María de la esperanza....*

Esperaste, cuando todos vacilaban,  
el triunfo de Jesús sobre la muerte.  
Y nosotros esperamos que su vida  
anime nuestro mundo para siempre.

*Santa María de la esperanza...*

